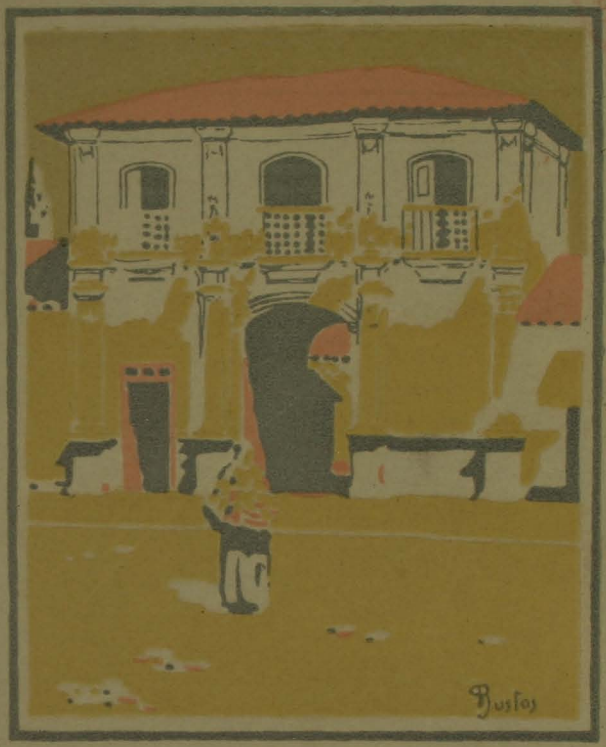
REVISTA

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE



DE

ARTES Y LETRAS

Año II.—N.º 2. 1.º de Marzo de 1918.

Casa Colonial, Avenida de la Recoleta, Santiago

Gouache del Sr. Alfredo Bustos

Ediciones de ARTES Y LETRAS

De la Sra. Inés Echeverría de Larrain

EL SUEÑO

> O royaume illimité du Sommeil et du Rêve, serais tu le dessous du mon de qui en contient les sources cachées? Serais tu l'envers de la trame brodée, derrière laquelle des puissances inconnues, enmêlent les fils dont sont tissés les êtres et toutes les choses qui forment le tableau mouvant de ce vaste univers?

Todo duerme a mi alrededor, los seres y las cosas. Estamos en el fondo de un campo perdido en un lejano valle con difíciles comunicaciones hacia los centros poblados, ya que no civilizados. La ventana entreabierta comunica con el misterio exterior de la naturaleza dormida. Un silencio hondo, cortado, picado de vocecillas anónimas, grillos, sapos, ranas, parecen la respiración de la tierra adormecida. Aliento fresco, perfumado de aire puro, inunda las pequeñas estancias en que varias personas duermen. Se ha dicho que el sueño es hermano de la muerte, en todo caso es su imagen, su precursor y su aliado. El sueño y la vigilia forman el eterno ritmo de la vida, su noche y su vida, su aspiración y su exhalación, su verano y su invierno, su muerte y su vida. Toda la creación parece regida

por esta misma ley de actividad seguida de reposo. ¿Por qué no nos asusta este pavoroso misterio del sueño? La costumbre suprime la sorpresa que debiera causarnos esa muerte que sólo se diferencia de la otra en que no es definitiva. Si no fuera por la seguridad de despertar cada mañana, qué terror nos causaría esa inmovilidad, esa falta de conciencia, esa partida del alma a regiones inaccesibles, que en el fondo no es otra cosa el sueño. Quedamos viviendo como seres puramente materiales, nuestra alma nos abandona, parte o se repliega en un abismo que en todo caso es inaccesible a nuestra más profunda conciencia humana. Los seres dormidos debieran espantarnos como los muertos, porque carecen de lo único que amamos realmente en ellos: la transparencia o la irradiación del espíritu... Si los despertamos de improviso, su vuelta a la conciencia terrena que han abandonado, tiene algo de trágico, de sorpresivo, de alarmante. Nos miran espantados y no nos reconocen... parecen haber perdido la memoria humana... Una alcoba en que reposa una persona, tiene algo de tumba sagrada, mil veces más que aquella que guarda un despojo. Aquí está la envoltura de un espíritu aun vinculado por sutil lazo impalpable y que retornará de un momento a otro. Está muy lejos, es verdad; pero lejos en el mundo en que está suprimido el tiempo y el espacio, de modo que los viajes son larguísimos y, sin embargo, breves. Cuantas largas travesías hemos hecho para llegar a otros continentes! Sin embargo, a estas regiones remotas que son los planos invisibles llegamos en el espacio de una caída de párpados... esos telones que cierran el acto del mundo terreno para hacernos asistir a otros dramas más interesantes y de los cuales éstos que vemos con nuestros ojos son el pálido e incompleto reflejo... Me ha producido siempre un terror de cementerio en la noche, la respiración de las personajes que duermen cerca de mí, las palabras incoherentes que pronuncian, trozos de diálogos que sostienen con personajes invisibles, los suspiros, los gritos de pesadilla, los ademanes desesperados para tocar tierra humana, y escapar a los enemigos formidables de las sombras. Siempre el sueño de los otros, cuando estoy en mi cabal conciencia, me produce un estremecimiento, como ante

el secreto pavoroso de un abismo. ¿De donde vienen esos seres que han tenido la garganta anudada y que han hecho esfuerzos desesperados para encontrar su voz, el movimiento de sus músculos, la quietud de su conciencia en el plano familiar? La excavación de una tumba egipcia con los tenebrosos secretos de una civilización remota y más fuerte que la nuestra, no me produciría la especie de escalofrío, que me da la voz cambiada y la dicción extraña de esas palabras ininteligibles que pronuncian en el sueño las personas más íntimas y ligadas a mi. En ese instante me parece pasar por la terrible metamorfosis de esos seres de las pesadillas que tan pronto son una persona como son otra, la misma, pero diferente. ¿Y qué decir del terror profundo que nos producen los girones de ciertas pesadillas transportadas a la conciencia humana? Figuras de una plasticidad más real que la que vemos en el mundo; y tan distintos, sin embargo! La vida que vivimos con ellos, tan nuestra, tan personal, pero tan aparte de la vida terrena! Esas comunicaciones han tenido una realidad tan viva, que al despertarnos, todas nuestras realidades de este lado nos parecen ilusorias en su comparación. Y esos seres del sueño no nos sorprenden; nos son, por el contrario, familiares, y al revés de los seres humanos a quienes sentimos de afuera para adentro, con estos otros nos comunicamos a la inversa de adentro para afuera. Mientras con nuestros hermanos de la tierra vamos haciendo experiencias, los conocidos del sueño son al revés, seres con quienes venimos de vuelta de todas las experiencias. El que haya observado ligeramente la vida del sueño tiene que reconocerle a través de las vagas reminiscencias que trasportamos a la vigilia, una extraña prioridad sobre nuestras emociones y sensaciones terrenas. Debemos aceptar que hay allí un curioso misterio de vida espiritual que si pudiéramos observar, nos daría la clave de la vida sub-conciente. Personas hay que después de un sueño profundo se levantan pálidas, consumidas, cadavéricas... Este fenómeno debiera mostrarnos que el reposo del sueño es sólo aparente, pero que el fondo encierra un desgaste psíquico, mediante la prodigiosa actividad de una parte desconocida, pero esencial de nosotros mismos. Otros vuelven de aquel misterioso viaje llenos de vida,

de frescura y de íntimo contento. Artistas hay que se han devanado los sesos buscando la solución de un problema de belleza y la han encontrado en el sueño, como si solo ahí entraran en comunicación con el mundo de la Belleza increada. Personas que viven angustiadas bajo el peso de una ausencia, o una preocupación sentimental, encuentran en el sueño, razones inconscientes de seguir amando, de seguir creyendo, o bien de sacar de allí sus temores, sus dudas, sus presagios terribles. ¿En que oculta fuente de sabiduría han bebido, qué secreta inspiración han recibido, qué misterio se ha esclarecido para ellos, con quien han comunicado bajo el denso velo del sueño, qué verdades se les han manifestado? No podemos negar que hay allí un arcano de misteriosa armonía, un regulador de la vida ordinaria que rige las existencias en el grado en que los seres se afinan para recibir sus comunicaciones. En todo caso, podemos afirmar que el sueño que forma parte del ritmo del universo, debe coincidir con la vida espiritual así como la vigilia coincide con la vida material. Mientras estamos despiertos, vivimos como creaturas humanas, mientras estamos dormidos vivimos como almas inmortales y eternas; pero estas dos vidas simultáneas y separadas se comunican en el sueño, alternan sus valores, se trasmiten sus experiencias, modifican sus diversos estados, se influencian mútuamente. Si nuestro día ha sido hermoso, bien ocupado, iremos en la noche a visitar a los seres amados de quienes la distancia nos separa, descubriremos el secreto que necesitamos, encontraremos la ayuda que nos hace falta...

He conocido casos muy curiosos al respecto y que ilustran mi materia. Fué el primero, una señora que estudiaba el ocultismo y cuyo cerebro bien organizado para las ciencias exactas era la colaboradora de su marido. Mujer rígida, sin imaginación y sin sensibilidad, desprovista de ternuras, todo lo veía al través de silogismos o guarismos. Su vida diurna era muy práctica, muy bien ordenada, vida de plena cordura en el estrecho sentido convencional, pero la señora comenzó a soñar, veía cosas extrañas, cuadros animados que se transfiguraban y se encadenaban, siendo ella simple espectadora. A la mañana se

despertaba con fiebre de escribir y el sueño de la noche se cristalizaba en una poesía que le venía dictada con tal precisión, que no podía trepidar en la dicción de una sola palabra. Aceptaba a veces expresiones ininteligibles mandada por una fuerza extraña a su conciencia humana y la poesía resultaba un magnífico símbolo de cosas que ella no imaginara ni comprendiera en todo su alcance sino después de concluída. Hubo vez que necesitó de la ayuda de una amiga, y hasta de la lectura posterior de un libro, para penetrar el pleno sentido de la inspiración que la impulsara. Jamás pudo hacer un verso medianamente rimado por cuenta propia y las personas que conocían la índole de sus facultades naturales quedaban bien convencidas al leerla en la exteriorización de sus sueños que allí no había actuado con su cerebro de la vigilia. El otro caso que voy a citar me conmovió hondamente. Era una mujer de cierta edad, un alma moderna que, petrificada en la juventud por un fanatismo ciego, se había despertado lentamente a la conciencia transcendental. El yo profundo había surgido en el abismo de su ser misterioso, pasional y espiritualista, convencida de que todo sacrificio es la simiente de una conquista superior, había renunciado al Amor de su vida, cuyo *partenaire* se había presentado en el camino de atravieso. Para que el Amor cumpla su misión de prueba sobre las almas superiores, tiene que ofrecerse siempre en condiciones que implique una renuncia de los instintos inferiores en homenaje a los superiores. Esta mujer no se quedó debajo de su sacrificio. Se separó para siempre del hombre a quien ella amaba. La vida para ella, naturalmente, perdió su razón de ser. Quedó como mujer abismada en ese dolor en que todas las cosas pierden su encanto y en que nada humano solicita a vivir. A expensas de este sacrificio de la mujer, el alma cobró en ella una prodigiosa intensidad de vida. Se le desarrolló una extraña videncia psíquica. Las almas se le hicieron transparentes y las leyes del mundo espiritual se le revelaron sabias, armoniosas, con sus maravillosas compensaciones. Pronto sintió la comunicación a distancia y la mutua sugestión lejana. E abismo del Sueño le abrió su arcano. Cada noche al acostarse ella se proponía mentalmente ir a encontrar a aquel hombre de

quien todo la separaba. Se hacía una composición de lugar, lo veía en su cuarto, evocaba los objetos familiares de que estaba rodeado, se ponía en contacto con la fuerza oculta, relajaba sus músculos, en la actitud de mayor abandono y descanso. Pronto la conciencia la abandonaba. A la mañana siguiente no recordaba nada, tenía la sensación de un inmenso reposo, de una paz sobrehumana. Abría los ojos, no ya con ese tedio de los primeros tiempos, sino con una gran esperanza indefinida, con un amor de todas las cosas y una certidumbre de felicidad. Estudió con gran contracción, y con una comprensión cada vez mayor. Llegó a interesarle todo, por la íntima vinculación que para el alma iluminada tienen todas las cosas del universo, las grandes y las pequeñas. Sintió la compasión del dolor y la necesidad de alegrar la vida de los demás. Su conciencia, cada vez más transcendental, conciencia de conjunto que abarcaba el pasado y el futuro, le hacía apiadarse de ese calabozo moral que son las consecuencias parciales, llevando un rayo de esperanza a los que sólo veían las limitaciones fatales de la vida, sin sus reivindicaciones estupendas. *Istar,*—que así la llamaremos, para ocultar su verdadero nombre,—se sentía de paso sobre todos los dolores humanos, siendo que las demas almas se quedaban y naufragaban en cada pena. En cuanto a las tristezas de la vida, Istar tenía el alma de una viajera que atraviesa ciudades dolientes, pero que tiene una Patria de donde viene y a donde va cada noche a reposarse, y en esa Patria un amor inmortal. Su piedad era tan intensa con las almas que sufrían su pena de amor *quebrado* sin reanudaciones espirituales, que había llegado a ser una especie de médico consultor de los corazones tristes. Sin que nada humano se hubiera producido en su vida, durante la separación ya larga, sin recibir jamás noticias que no fuesen de aquellas exteriores que mantienen todas las incógnitas, dando razón a las dudas más tristes, su esperanza cundía, en razón inversa del tiempo ya transcurrido y del olvido probable o casi seguro. Pero no sólo la esperanza, la certidumbre de la felicidad la cogía por completo. Istar creía sin tener ningún dato que pudiese confirmarla que en aquella alma de hombre se había producido una evolución espiritual, que los

abismos estaban a punto de salvarse entre los dos, que habría una reunión, que se produciría el Amor espiritual y completo. Aquella pasión sensual y dolorosa debía hacer crisis para engendrar el amor que respondería a su corazón y le daría la felicidad. Istar estaba cierta de todo eso, sin saber por qué. Entre tanto se ocupaba de iluminar y de consolar. Era como un oráculo que respondía a las más obscuras inquietudes del alma que solicitaba su luz, un aliento de todos los que perdían la fuerza de esperar. Su sueño continuaba siendo obscuro, sin respuesta aparente y ella atribuía a su buena salud aquel optimismo invencible que la sostenía y que le daba el coraje de ser feliz en esperanzas irrealizables. Pero al cabo de mucho tiempo de obscuridad y cuando comenzaba a entrar en la vejez, tuvo un sueño. Se vió subir un alta montaña, entre espesos bosques de pinos. La fatiga la obligaba a detenerse y entonces encontraba otras almas que hacían la misma penosa ascensión. Istar veía a lo lejos cuando las luces del día se apagaban a la claridad vaga de las estrellas, un templo que se iluminaba en la cima. Las otras almas nada veían y ella no se animaba a hablarles de su visión por no entristecerlas y temerosa de que no le creyesen. Hubo épocas,—porque aquella ascensión duraba ya mucho tiempo—en que el espesor de los pinares hacía desaparecer la cumbre lejana y coronada de nieves, pero de vez en cuando la claridad fulguraba su luz entre el follaje. A cuantas almas que venían más atrasadas no había esperado Istar, en cuantas ocasiones no había retrocedido en su camino para ayudar a las hermanas timidas o débiles. Algunas veces en su sueño bajo los árboles había escuchado las armonías vagas que se escapaban del templo lejano!

Al fin, al caer una maravillosa tarde, a los últimos reflejos del día que moría, sobrevino una gran tempestad. El trueno estremeció el monte y los relámpagos proyectaron el fulgor de sus siniestras lividece en la obscuridad del tenebroso pinar. Pero ya muy tarde se precisó en la cumbre próxima una maravillosa visión. El templo se mostró radiante, bien delineado, luminoso y transparente como si hubiera sido hecho de mate-

ria sutil, especie de cristalización de un sueño, saliendo de una nube sin tocar tierra... Un inmenso Arco Iris le servía de marco y la nube que lo circundaba se entreabría para recibir una lluvia de oro de lo alto, que doraba su cúpula y sus flechas... Istar redobló sus energías ante la visión próxima y logró penetrar al santuario. Era blanco como una luz de alborada, algo azulada en diáfana claridad lunar, y las naves amplias en un boscaje de columnas de mármol blanco, convergían hacia el centro de aquella cúpula donde la claridad exterior penetraba de lleno y caía de plano sobre una figura ideal envuelta en la misma nube que el templo y decorada por el mismo Arco Iris. Aquella bellísima figura de mujer se exaltaba toda entera hacia arriba, sus ojos miraban en alto y sus manos tendidas hacia abajo sostenían una cadena de oro cuyos extremos salían de la nube y se perdían en ella. Istar experimentó ante aquella visión una profunda alegría, sentimiento de haber llegado a la meta y de merecer un descanso y una felicidad bien adquiridos. La ideal figura de mujer sonreía beatíficamente. Sus pies se posaban sobre un globo terráqueo y sus manos dejaban circular aquella cadena cuyo principio y cuyo fin se perdía en la vaguedad de la nube circundante. Istar creyó entender que aquella cadena significaba la ley de causa y efecto que vincula todos nuestros actos y nuestros pensamientos, que viene de un pasado insondable y que prepara un porvenir remoto... Sintió el consuelo de creer que no había ningún sufrimiento perdido y que era acreedora a una dicha insospechada. Al salir del templo, consolada y llena de esperanza, encontró en la puerta a su amigo de la juventud, vestido de ermitaño, cansado, jadeante, con el peso de la ascensión, y a quien una hermosa mujer, de pie en la puerta, impedía la entrada al santuario. Se reconocieron y se estrecharon la mano, mirándose a los ojos. El le suplicó que obtuviese para él de aquella mujer, que debía ser la sacerdotisa del santuario, que le permitiese entrar. Istar habló con la desconocida en una lengua que el ermitaño no entendió. Istar tradujo a su amigo la condición que requería la entrada al santuario. Era menester renunciar para siempre al placer de los sentidos, consagrarse al amor platónico. El ermitaño pene-

tró todo el alcance del símbolo. Debía contentarse con el amor espiritual de Istar o separarse de ella para siempre. No trepidó, prometió, entró al templo, y al salir Istar, que le esperaba en la puerta, se encaminó con él hacia el bosque. Construyeron ermitas en el pinar que rodeaba el templo, e hicieron una vida de unión mística y de felicidad sobrehumana. Aquí concluyó el sueño y comenzó la realidad de la vida. El hombre que esta mujer había amado tenía un hijo único, y ella tenía una sola hija de su matrimonio. Un día que aquel joven llegó al lejano país donde Istar habitaba con su hija, los jóvenes se amaron a primera vista. El padre de la niña hizo una oposición tenaz a aquel amor. Los jóvenes triunfaron, sin embargo. La niña, que era muy devota de la Virgen de una ermita, prometió dar el collar de perlas que el joven le obsequiara el día de su matrimonio. Y así sucedió que cuando ese día llegó, la víspera, la joven mandó colocar su collar entre las manos de esa Virgen de los Rayos, que era su devoción. Y así sucedió que en el día que Istar vino a presenciar el matrimonio de su hija en la capilla de la Virgen de su devoción, vió, con terrible sorpresa, que la imagen sostenía aquella cadena de la figura de su sueño. Los eslabones de oro se habían convertido en perlas, imagen de sus lágrimas. Mientras el sacerdote bendecía a los jovenes, él la miraba con la misma invencible ternura de antes, pero era una ternura exenta de esa chispa enconada de deseo carnal; cómo se explicaba entonces aquel sueño en que había venido a fundirse una vida de renunciación y de amargura, de soledad y de sacrificio. ¿Aquellas dos creaturas, hijos únicos de cada cual, no eran los eslabones de oro que venían a soldar sus vidas, en la dulzura del crepúsculo compensándoles todas las lágrimas vertidas en la aurora? Menos iniciado él en los misterios de la vida supra-sensible, que a ella habían llegado a serle familiares, contó a Istar la historia de su corazón. Para ella, aquel retrato no era más que el esclarecimiento del obscuro misterio que se había elaborado entre ambos a través de los años de ausencia. Cada noche, en la distancia, él la sentía allí, cerca de su corazón, formando parte de su vida, con una realidad tan intensamente espiritual que, en su comparación, el beso de las demás

mujeres era desabrido como el de un fantasma. Así habían transcurrido diez años. En vez de ir el tiempo borrando los recuerdos, los hacía más vivos, más tangibles, más intensos. Aquellos recuerdos iban creciendo, y las cosas presentes y actuales de la vida se iban esfumando y perdiendo. Se produjo en él, ese fenómeno tan extraño de ser su vida nocturna la que correspondía a su secreta y profunda realidad, y las cosas humanas, la ilusión accidental de la existencia. Nunca tuvo noticias de Istar. Evitaba tenerlas, pues le parecía que podían destruir la verdad esencial de su sueño. Y los años pasaron en una comunicación singular, en una compenetración espiritual. Empezó a ver a Istar por dentro: toda la rareza, la incoherencia ilógica de su conducta, se explicó. Tanto como la mujer le había parecido singular y extraña, pero atrayente siempre, el espíritu de aquella creatura la pareció grande, recto y procedente de una fuente eterna y maravillosa de verdad y de bondad increadas. Cuando volvió a verla era el mismo ser a quien tanto amara, pero otro, al mismo tiempo, embellecido y purificado. No necesitaron hablar para comprenderse. El silencio de las almas había franqueado todos los abismos. En el silencio se habían explicado todas las cosas que nunca lograron expresar las palabras. A la salida de la Iglesia, aquella mañanita de primavera, en que sus hijos quedaban unidos, él sacó de su bolsillo una medallita, cuya efigie estaba medio gastada por el roce de la cartera, y mostrándosela, le dijo simplemente: «¿Te acuerdas?» Ella lo miró en los ojos... y buscó la fecha y la divisa, la fecha remontaba a 40 años atrás, y como inscripción no tenía mas que una sola palabra: «*Semper!*» Ella se la alargó en la punta de los dedos, envolviendo al hombre en una de esas miradas que vienen del abismo del pasado y que se pierden en un futuro quimérico. La vida había cumplido ciertamente la promesa que hiciera a la joven, de darle un amor eterno, a trueque de una breve pasión humana...

Felices los que escuchan las voces del silencio y viven a la altura de su más elevado ensueño. Para esos, ciertamente se dijo: Buscad ante todo el reino de Dios y de su Justicia que lo demás se os dará por añadidura!

IRIS.